BOAS

MAYO 2022
TOMO CLXIII Nº 2414

Archidiócesis de Sevilla

BOLETÍN OFICIAL
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA

Mayo 2022 Nº 2414

Arzobispo

Un mandamiento nuevo. Carta pastoral. 143
Acompañar en el sufrimiento. Carta pastoral. 145
Escuchar con el corazón. Carta pastoral. 147

Secretaría General

Nombramientos. 149
Ceses. 149
Necrológicas. 149

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de reglas. 151
Confirmación de Juntas de gobierno. 151

Obispos del Sur de España

CL Asamblea ordinaria. 153

Santa Sede

Mensaje para la 108ª Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado 2022. 157
Mensaje para la 59 Jornada Mundial de oración por las Vocaciones 161
Mensaje para la II Jornada Mundial de los abuelos y de los mayores. 165

Arzobispo

Carta Pastoral

UN MANDAMIENTO NUEVO

El precepto del amor al prójimo estaba formulado en el Antiguo Testamento, concretamente en el libro del Levítico (cf. 19,18). En la última Cena Jesús da a sus discípulos este mandamiento nuevo: «que os améis los unos a los otros. Como yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros» (Jn 13, 34). ¿Dónde está la novedad? La novedad consiste en amar como Cristo nos ama. Un amor hasta el extremo, hasta dar la vida por los demás; un amor universal, sin límites de ningún tipo, capaz de perdonar y olvidar, de purificar la memoria, de superar los obstáculos, de convertir las situaciones negativas en oportunidades de futuro.

Se trata del ideal más sublime que se pueda imaginar, como un testamento del Señor único e incomparable, en conexión con una aspiración que está presente en lo profundo del corazón humano, porque a fin de cuentas estamos creados a imagen y semejanza de Dios, que es amor. Pero a la vez, somos conscientes de lo difícil que es llevarlo a la práctica. En nuestra propia vida y en el mundo que nos rodea constatamos que vivir el ideal de amar a Dios y a los demás no es nada fácil. Somos conscientes de nuestra fragilidad, de nuestra debilidad personal, y también de los graves problemas que aquejan a la sociedad, en todos los lugares del mundo. Ello se debe a que existe una realidad de pecado, un pecado personal y un pecado social.

A pesar de todo, Dios nos ha creado por amor y quiere llenarnos de vida, quiere que encontremos la paz, el amor, la alegría, la felicidad. Esta es su

voluntad, que ofrece, que no impone, porque nos ha creado libres y respeta nuestra libertad. El pecado es justamente rechazar esta comunión de vida con Dios y los hermanos, lo cual supone un rechazo a Él y a los demás, desviándose hacia un uso de los bienes del mundo contrario a la voluntad del Creador. El pecado, por tanto, es separarse de Dios, rechazar el don de Dios. En definitiva, es rechazarle a Él ya sea directamente, ya sea a través de algo que rompe el orden establecido por él. El pecado quiebra la unidad del ser humano con Dios, consigo mismo, con los demás y con la creación.

Pero el amor de Dios es más fuerte que el pecado. El Hijo eterno se hizo hombre para que todo el que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia para que reine la gracia por la justicia (cf. Rm 5, 21). Así, el ser humano, perdonado y agraciado con el don de Dios, puede progresar y fructificar en obras de justicia y caridad. Ciertamente somos débiles y limitados, pero el Señor nos convierte, nos cambia el corazón, para que lleguemos a amar como Él nos ama. Es necesaria una conversión profunda del corazón, un "morir" a sí mismo para dar un fruto abundante. «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn. 12, 24). Jesús se aplica esta analogía a sí mismo. Si el grano de trigo destinado a la siembra al final no es sembrado y no muere, ciertamente se conserva, pero sin sentido ni fruto alguno. Asimismo nuestra vida tiene sentido desde la donación, desde la entrega, desde el gastarla y desgastarla para dar un fruto abundante.

Amarnos los unos a los otros como Cristo nos ha amado es algo imposible para las solas fuerzas humanas; ahora bien, para Dios no hay nada imposible. Será posible amar como Jesús desde una conversión profunda y sincera, viviendo intensamente la unión con él, especialmente en la Eucaristía, en la que se actualiza su sacrificio redentor, la máxima expresión de amor. Cristo hace nuevas todas las cosas. Dejemos que renueve nuestro corazón y trabajemos en la renovación de la Iglesia y del mundo.

+ José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo de Sevilla

Carta Pastoral

ACOMPAÑAR EN EL SUFRIMIENTO

En este sexto domingo de Pascua culmina la Campaña del Enfermo, que se inicia cada año con la Jornada Mundial del Enfermo, el 11 de febrero, festividad litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, y se concluye en este domingo con la llamada 'Pascua del Enfermo'. Concluye hoy la campaña, es cierto, pero no termina el compromiso de la Iglesia peregrina con sus miembros más sufrientes, los enfermos. El Santo Padre Francisco nos recordaba que Dios "nos cuida con la fuerza de un padre y la ternura de una madre" y que "el testigo supremo del amor misericordioso del Padre a los enfermos es su Hijo unigénito". Los Evangelios nos narran los encuentros de Jesús con las personas enfermas para acompañar su dolor, darle sentido, curarlo. Como discípulos suyos, estamos llamados a hacer lo mismo, ya que el sufrimiento de nuestros hermanos se convierte en una urgente llamada a ser "testigos de la caridad de Dios que derramen sobre las heridas de los enfermos el aceite de la consolación y el vino de la esperanza, siguiendo el ejemplo de Jesús, misericordia del Padre".

El enfermo es siempre el centro de nuestra acción pastoral. Incluso cuando no es posible curar, siempre es posible cuidar, siempre es posible consolar, siempre es posible hacer sentir nuestra cercanía. Lo que el Papa recuerda a los agentes sanitarios cuando explica que "sus manos, que tocan la carne sufriente de Cristo, pueden ser signo de las manos misericordiosas del Padre", es válido para todos los que cuidan a los enfermos. Aunque vivimos en un tiempo y una sociedad que se caracterizan por las prisas, "la caridad tiene necesidad de tiempo. Tiempo para curar a los enfermos y tiempo para visitarles, tiempo para estar junto a ellos".

Sin duda, el mayor dolor es la falta de esperanza, por eso hemos de ser muy conscientes de nuestra misión: "siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pida" (1 Pe 3, 15). Se hace necesario estar preparados para aportar esperanza; pero no una esperanza cualquiera, sino -como señalaba Benedicto XVI-, una esperanza "fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino" (Spe Salvi, 1). Esta falta de esperanza nace con frecuencia en terrenos donde no se ha sembrado la fe. Como nos recuerda el papa Francisco, "si la peor discriminación que padecen los pobres -y los enfermos son pobres de salud- es la falta de atención espiritual, no podemos dejar de ofrecerles la cercanía de Dios, su bendición, su Palabra, la celebración de los sacramentos

y la propuesta de un camino de crecimiento y maduración en la fe" (Evangelii gaudium, 200).

Por eso, junto con el Santo Padre, deseamos "reafirmar la importancia de las instituciones sanitarias católicas: son un tesoro precioso que hay que custodiar y sostener; su presencia ha caracterizado la historia de la Iglesia por su cercanía a los enfermos más pobres y a las situaciones más olvidadas… Aún hoy en día, incluso en los países más desarrollados, su presencia es una bendición, porque siempre pueden ofrecer, además del cuidado del cuerpo con toda la pericia necesaria, también aquella caridad gracias a la cual el enfermo y sus familiares ocupan un lugar central. En una época en la que la cultura del descarte está muy difundida y a la vida no siempre se le reconoce la dignidad de ser acogida y vivida, estas estructuras, como casas de la misericordia, pueden ser un ejemplo en la protección y el cuidado de toda existencia, aun de la más frágil, desde su concepción hasta su término natural".

Hoy encomendamos de una manera especial a los enfermos, a sus familiares y acompañantes a la intercesión de María, Salud de los enfermos. De su mano, unidos a la cruz de Jesucristo, encontrarán consuelo y esperanza.

+ José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo de Sevilla

Carta Pastoral

ESCUCHAR CON EL CORAZÓN

Celebramos hoy la 56 Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales y el papa Francisco, nos hace una llamada con toda firmeza: "¡Escuchen!". Es que "la pandemia ha afectado y herido a todos, y todos necesitan ser escuchados y consolados" por lo que "escuchar también es fundamental para una buena información".

La escucha es esencial para la comunicación, es condición indispensable para que pueda producirse un diálogo auténtico. Escuchar no es lo mismo que oír. Oír es un acto natural, inconsciente, que se realiza sin esfuerzo; es captar a través de los oídos una serie de sonidos que se producen a nuestro alrededor, que, cuando no tienen un significado previo, vienen a resultar simple ruido. En cambio, escuchar es la capacidad de dar sentido e interpretar lo que entra por los oídos; escuchar es algo que se hace intencionadamente, de forma selectiva, prestando atención a lo que nos interesa de verdad. Habitualmente no decidimos lo que nos toca oír, pero sí decidimos a quién queremos escuchar y lo que queremos escuchar.

Ahora bien, escuchar de verdad no es una tarea fácil. Significa atender íntegramente a la persona que nos habla, sin interrumpirla, sin juzgarla. Saber escuchar es una prueba de respeto y aprecio, es todo un arte. Aparentemente puede parecer pasividad, inacción, pero es justamente lo contrario; se trata de un ejercicio que conlleva un gran esfuerzo de autocontrol y que requiere mucha paciencia y constancia; porque comporta atender las razones del otro, sin alterarlas ni manipularlas, con una actitud receptiva, recibiendo y entendiendo sus gestos y palabras.

En la vida siempre es de agradecer una palabra conveniente o un detalle de afecto, pero se agradece más todavía que se nos escuche a fondo y sin prisas cuando necesitamos desahogarnos o consultar cuestiones importantes. Cuando el agobio nos atenaza o hemos de tomar una decisión trascendental para nuestro presente o para el futuro, necesitamos que se nos escuche en profundidad y en extensión. Vivimos en un mundo de prisas, de estrés, de competitividad extrema, en el que queda poco tiempo para el silencio, para la reflexión, para la escucha serena, para el diálogo fecundo. Resulta difícil en todos los ámbitos: en las familias, en los trabajos, en los diferentes ambientes. Como señaló el escritor y científico alemán Johann Wolfgang Goethe, "hablar es una necesidad, escuchar es un arte".

Por eso, si consideramos que es muy importante saber hablar, más todavía lo es saber escuchar. Si existe el arte de la palabra, de la exposición de los argumentos, del debate de las ideas, y ciertamente tiene mucha importancia, más importante todavía es el arte de la escucha. El camino para conocer a fondo a las personas es saber escuchar en profundidad. Es entonces cuando, más allá de los datos externos, descubrimos las razones profundas y los caminos escondidos, porque llegamos a conocer el corazón de las personas.

Hemos de ejercitarnos en el arte de escuchar, ya sea en las relaciones humanas, ya sea en los procesos de acompañamiento. Y no hemos de olvidar una actitud muy importante, imprescindible para poder escuchar: la humildad, la discreción, la superación del protagonismo, de todo tipo de narcisismo que pueda desviar el foco del proceso. Si no se supera el egocentrismo, siempre acecha el peligro de acabar explicando la propia vida y escuchándose a uno mismo en lugar de escuchar al otro, y en lugar de mantener una actitud de escucha del Espíritu Santo, que, en definitiva, es quien ha de guiar nuestra vida y la vida de la Iglesia. Pidamos al Señor, como el rey Salomón, que nos conceda un corazón capaz de escuchar.

+ José Ángel Saiz Meneses
Arzobispo de Sevilla

Secretaría General

Nombramientos

D. Ricardo José Gaya Molina, administrador parroquial de la Parroquia de Ntra. Sra. de las Nieves, de La Algaba.
27 de mayo de 2022
D. Félix Antonio Quijada Balbuena, asistente religioso católico del Centro Penitenciario de Alcala.
31 de mayo de 2022

Ceses

D. Emilio Morejón Camacho, notario de la Curia Diocesana de Sevilla.
D. Ricardo José Gaya Molina, vicario parroquial de la Parroquia de Ntra. Sra. de las Nieves, de La Algaba.
D. Santiago César González Alba, capellán del Centro Penitenciario de Alcalá de Guadaira.

Necrológicas

D. Adolfo Pacheco Sepúlveda, sacerdote diocesano, falleció el 8 de mayo de 2022 a los cincuenta y siete años de edad. Nació en Lebrija el 6 de abril de 1965 y fue ordenado sacerdote en Sevilla el 17 de marzo de 1990.
Desarrolló su ministerio sacerdotal como vicario parroquial de la parroquia de San José Obrero, de Sevilla; cura encargado de la parroquia de Ntro. Padre Jesús de la Pasión, de Dos Hermanas y de la parroquia de Santa María, de Estepa; vicario episcopal de la Vicaria Sur; párroco de la parroquia de Santa Ana, de La Roda de Andalucía y párroco de la parroquia de Santa María la Mayor, de Pilas.
Descanse en la paz del Señor

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de Reglas

Hermandad del Santísimo Sacramento, Pontificia y Real Archicofradía de Nazarenos de la Sagrada Presentación de Jesús al Pueblo, Santísimo Cristo de la Sangre, Nuestra Señora de la Encarnación Coronada y San Benito Abad, de Sevilla.
Decreto Prot. Nº 1761/22, de fecha 16 de mayo de 2022

Acción Católica General, de Sevilla.
Decreto Prot. Nº 1799/22, de fecha 17 de mayo de 2022

Confirmación de Juntas de Gobierno

Fervorosa Hermandad del Glorioso Padre y Patriarca San Benito Abad, de Cantillana.
Decreto Prot. Nº 1628/22, de fecha 5 de mayo de 2022

Hermandad del Stmo Cristo de la Resurrección, Ntra. Sra. de las Nieves, Bendita Madre Milagrosa, Santa Ángela de la Cruz y San Fernando, de La Rinconada.
Decreto Prot. Nº 1677/22, de fecha 9 de mayo de 2022

Venerable Hermandad de la Santa Caridad y Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, de Carmona.
Decreto Prot. Nº 1732/22, de fecha 12 de mayo de 2022

Seráfica, Real, Piadosa, Muy Antigua, Venerable y Muy Noble Hermandad y Cofradía del Stmo. Cristo de la Vera-Cruz, Ntra. Sra. de la Encarnación y Sta. María Magdalena, de Aznalcázar.

Decreto Prot. Nº 1737/22, de fecha 12 de mayo de 2022

Real y Muy Antigua Hermandad del Stmo. Cristo de las Animas Benditas del Purgatorio, Mª Stma. de las Tribulaciones y Ntra. Sra. del Carmen, de Mairena del Alcor.
Decreto Prot. Nº 1779/22, de fecha 16 de mayo de 2022

Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno, María Stma. de los Dolores y San Juan Evangelista, de Aguadulce.
Decreto Prot. Nº 1813/22, de fecha 18 de mayo de 2022

Muy Antigua, Fervorosa y Franciscana Hdad. Sacramental y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo de la Vera-Cruz, Santo Entierro y Resurrección de Ntro. Sr. Jesucristo y María Stma. de los Dolores en Su Soledad, de Villaverde del Río.
Decreto Prot. Nº 1884/22, de fecha 24 de mayo de 2022

Ilustre y Fervorosa Hermandad de Nuestra Señora del Carmen y Ánimas Benditas del Purgatorio, de San Juan de Aznalfarache.
Decreto Prot. Nº 1889/22, de fecha 24 de mayo de 2022

Hermandad de Nuestra Señora del Rosario y San Miguel Arcángel, de Lora de Estepa.
Decreto Prot. Nº 1934/22, de fecha 27 de mayo de 2022

Antigua, Real, Ilustre y Fervorosa Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera-Cruz y María Santísima de las Angustias Coronada de Alcalá del Río.
Decreto Prot. Nº 1936/22, de fecha 27 de mayo de 2022

Muy Antigua Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno, de La Roda de Andalucía.
Decreto Prot. Nº 1953/22, de fecha 27 de mayo de 2022

Hermandad y Cofradía de Nazarenos de la Triunfal Entrada de Jesús en Jerusalén, Ntro. Padre Jesús Cautivo y María Stma. de la Paz, de La Puebla de Cazalla.
Decreto Prot. Nº 1988/22, de fecha 30 de mayo de 2022

Obispos del Sur de España

CL Asamblea ordinaria

Se ha celebrado en Córdoba, los días 17 y 18 de mayo, la CL Asamblea Ordinaria de los Obispos del Sur de España, que comprende las diócesis de Sevilla, Granada, Almería, Cádiz y Ceuta, Córdoba, Guadix, Huelva, Jaén, Asidonia-Jerez y Málaga. También ha participado el Arzobispo emérito de Sevilla.
La primera mañana la han dedicado los Obispos a la oración, en un retiro dirigido por D. Demetrio Fernández, Obispo de Córdoba, que habló sobre San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia y Patrón del clero secular español.
Las sesiones de trabajo han comenzado con la felicitación de la Asamblea a Mons. José Ángel Saiz Meneses, Arzobispo de Sevilla, por el nombramiento que ha recibido del Papa Francisco como miembro de la Congregación para las Causas de los Santos, el pasado 7 de mayo.

CÁRITAS REGIONAL DE ANDALUCÍA
El presidente de Cáritas Regional de Andalucía, D. Mariano Pérez de Ayala, ha informado a los Obispos de la labor que las Cáritas de las diócesis andaluzas vienen realizando en la atención a los migrantes llegados a nuestra tierra y, últimamente, a los refugiados desplazados por la crisis desatada en Ucrania. Es una labor que se manifiesta tanto en el aporte de recursos económicos, como en la acogida de inmigrantes y refugiados, y su acompañamiento e integración social en nuestro país.
En las diez Cáritas Diocesanas de Andalucía, la campaña de ayuda a Ucrania ha recaudado 2.253.000 €, que se han enviado a las Cáritas de Ucrania, Rumania y Moldavia, para cubrir necesidades de alojamiento, aseo, comida, agua y ropa de las poblaciones desplazadas, así como atención médica y psicológica.

También, y en colaboración con las Delegaciones Diocesanas de Migraciones, ofrece programas de acogida, acompañamiento y ayuda a los refugiados que llegan de Ucrania y de otros lugares en conflicto. Hay una "primera acogida" que proporciona orientación para la obtención de los documentos que permitan acceder a los recursos que ofrece la administración. En algunas diócesis, también hay programas de ofrecimiento de viviendas que puedan ser ocupadas por personas o familias para estancias prolongadas.
Así, a través de las Cáritas Parroquiales y Diocesanas de Andalucía, además de otras iniciativas de algunas diócesis, instituciones eclesiales y particulares, se ha atendido ya a más de mil personas y familias provenientes de Ucrania en necesidades básicas, ayudas para alimentación y vestido, material escolar y gastos médicos. También se les ofrecen los programas específicos de atención a la población migrante y de empleo, que Cáritas tiene muy desarrollados. Y lo seguirá haciendo cuando el conflicto y el foco mediático pase, como hace de manera permanente con los inmigrantes y otras personas necesitadas.

ENSEÑANZA
Los señores Obispos siguen con interés la evolución del desarrollo normativo de la ley de educación en nuestra comunidad autónoma y muestran su preocupación por cómo pueda quedar la asignatura de Religión católica en la misma.
Recuerdan que dicha asignatura es clave para garantizar el derecho de los padres a que sus hijos reciban una formación religiosa y moral de acuerdo con sus convicciones y contribuye al fin de la educación de conseguir el pleno desarrollo de la personalidad, conforme al art. 27 de nuestra Constitución.

ACADEMIA DE HISTORIA DE LA IGLESIA EN ANDALUCÍA
La Asamblea ha dado su conformidad a la inauguración de la Academia de la Historia de la Iglesia en Andalucía, que fue aplazada por la pandemia. Será finalmente los días 25 y 26 de octubre, en Granada, donde tiene su sede. Ubicada en la Abadía del Sacromonte, se trata de una academia eclesiástica de carácter regional cuya finalidad es promover la investigación y la difusión de la historia de la Iglesia en Andalucía, con el fin de profundizar en el conocimiento de los orígenes cristianos que han configurado la identidad y la cultura andaluzas.

PEJ, SÍNODO Y FAMILIA
Ante la próxima celebración de la Peregrinación Europea de Jóvenes -PEJ-, que será del 3 al 7 de agosto en Santiago de Compostela, los Obispos animan a los jóvenes de las diócesis de Andalucía a peregrinar a la tumba del Apóstol, celebrar y compartir la fe junto a los miles de jóvenes de toda Europa que se darán cita en ese encuentro.
La PEJ será, además, un momento de gracia y de preparación para la Jornada Mundial de la Juventud, que tendrá lugar el próximo año en Lisboa y que permitirá a los jóvenes de todo el mundo encontrarse con el Papa. Las diócesis

andaluzas ya se están preparando para facilitar la participación en estos dos encuentros.
Al mismo tiempo, los Obispos animan a sus diocesanos a participar en otros dos eventos que se celebrarán próximamente: en Madrid, la asamblea final de la fase diocesana del Sínodo en las diócesis españolas, que será el 11 de junio; y en Roma, la X Jornada Mundial de las Familias, del 22 al 26 de junio, para la que las diócesis andaluzas organizarán actos paralelos que permitan la participación.

ABORTO
Los Obispos manifiestan su rechazo al proyecto de ley que el Gobierno de España aprobó ayer, martes 17 de mayo, en el que sigue definiendo el aborto como un derecho, agravado además por la ampliación de ese supuesto derecho a menores de edad. Al mismo tiempo, rechazan el derecho del fuerte sobre el débil, a la hora de eliminar la vida nueva y distinta que existe en el seno de la madre, y demandan los recursos necesarios, tanto laborales como económicos, de vivienda o de ayuda a la madre, que permitan cuidar, acoger y defender la nueva vida.

CAUSA DE LOS SANTOS
La Asamblea Ordinaria de los Obispos del Sur de España ha dado el visto bueno para que el Obispo de Asidonia-Jerez inicie la apertura de la Causa de Canonización del Hno. Adrián del Cerro Sánchez, de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios.
Nacido en Retamoso de la Jara (Toledo) en 1923, pasó casi toda su vida de religioso en Jerez de la Frontera, en el Hospital de San Juan Grande, como santero, contribuyendo al mantenimiento del hospital y al sustento de numerosos pobres y familias. Murió en fama de santidad el 8 de agosto de 2015.

IN MEMORIAM
Finalmente, los Obispos han tenido un recuerdo especial hacia el Cardenal Carlos Amigo Vallejo, Arzobispo emérito de Sevilla, que falleció el pasado 27 de abril, al tiempo que han elevado una oración por él y han ofrecido la Eucaristía por su eterno descanso. D. Carlos Amigo fue Arzobispo de Sevilla durante 27 años y presidió en varias etapas las reuniones de la Asamblea.

Córdoba, a 18 de mayo de 2022

Santa Sede

Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y el Refugiado

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA 108ª JORNADA MUNDIAL DEL MIGRANTE Y DEL REFUGIADO 2022
(25 de septiembre de 2022)

Construir el futuro con los migrantes y los refugiados
«No tenemos aquí abajo una ciudad permanente, sino que buscamos la futura» (Hb 13,14).

Queridos hermanos y hermanas:

El sentido último de nuestro "viaje" en este mundo es la búsqueda de la verdadera patria, el Reino de Dios inaugurado por Jesucristo, que encontrará su plena realización cuando Él vuelva en su gloria. Su Reino aún no se ha cumplido, pero ya está presente en aquellos que han acogido la salvación. «El Reino de Dios está en nosotros. Aunque todavía sea escatológico, sea el futuro del mundo, de la humanidad, se encuentra al mismo tiempo en nosotros». [1]

La ciudad futura es una «ciudad de sólidos cimientos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Hb 11,10). Su proyecto prevé una intensa obra de edificación, en la que todos debemos sentirnos comprometidos personalmente. Se trata de un trabajo minucioso de conversión personal y de transformación de la realidad, para que se adapte cada vez más al plan divino. Los dramas de la historia nos recuerdan cuán lejos estamos todavía de alcanzar nuestra meta, la Nueva Jerusalén, «morada de Dios entre los hombres» (Ap 21,3). Pero no por eso debemos desanimarnos. A la luz de lo que hemos aprendido en las tribulaciones de los últimos tiempos, estamos llamados a renovar nuestro

compromiso para la construcción de un futuro más acorde con el plan de Dios, de un mundo donde todos podamos vivir dignamente en paz.

«Pero nosotros, de acuerdo con la promesa del Señor, esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva donde habitará la justicia» (2 P 3,13). La justicia es uno de los elementos constitutivos del Reino de Dios. En la búsqueda cotidiana de su voluntad, ésta debe edificarse con paciencia, sacrificio y determinación, para que todos los que tienen hambre y sed de ella sean saciados (cf. Mt 5,6). La justicia del Reino debe entenderse como la realización del orden divino, de su armonioso designio, según el cual, en Cristo muerto y resucitado, toda la creación vuelve a ser "buena" y la humanidad "muy buena" (cf. Gn 1,1-31). Sin embargo, para que reine esta maravillosa armonía, es necesario acoger la salvación de Cristo, su Evangelio de amor, para que se eliminen las desigualdades y las discriminaciones del mundo presente.

Nadie debe ser excluido. Su proyecto es esencialmente inclusivo y sitúa en el centro a los habitantes de las periferias existenciales. Entre ellos hay muchos migrantes y refugiados, desplazados y víctimas de la trata. Es con ellos que Dios quiere edificar su Reino, porque sin ellos no sería el Reino que Dios quiere. La inclusión de las personas más vulnerables es una condición necesaria para obtener la plena ciudadanía. De hecho, dice el Señor: «Vengan, benditos de mi Padre, y reciban en herencia el Reino que les fue preparado desde el comienzo del mundo, porque tuve hambre, y ustedes me dieron de comer; tuve sed, y me dieron de beber; estaba de paso, y me alojaron; desnudo, y me vistieron; enfermo, y me visitaron; preso, y me vinieron a ver» (Mt 25,34-36).

Construir el futuro con los migrantes y los refugiados significa también reconocer y valorar lo que cada uno de ellos puede aportar al proceso de edificación. Me gusta ver este enfoque del fenómeno migratorio en unavisión profética de Isaías, en la que los extranjeros no figuran como invasores y destructores, sino como trabajadores bien dispuestos que reconstruyen las murallas de la Nueva Jerusalén, la Jerusalén abierta a todos los pueblos (cf. Is 60,10-11).

En la misma profecía, la llegada de los extranjeros se presenta como fuente de enriquecimiento: «Se volcarán sobre ti los tesoros del mar y las riquezas de las naciones llegarán hasta ti» (60,5). De hecho, la historia nos enseña que la aportación de los migrantes y refugiados ha sido fundamental para el crecimiento social y económico de nuestras sociedades. Y lo sigue siendo también hoy. Su trabajo, su capacidad de sacrificio, su juventud y su entusiasmo enriquecen a las comunidades que los acogen. Pero esta aportación podría ser mucho mayor si se valorara y se apoyara mediante programas específicos. Se trata de un enorme potencial, pronto a manifestarse, si se le ofrece la oportunidad.

Los habitantes de la Nueva Jerusalén —sigue profetizando Isaías— mantienen siempre las puertas de la ciudad abiertas de par en par, para que puedan entrar los extranjeros con sus dones: «Tus puertas estarán siempre abiertas, no se cerrarán ni de día ni de noche, para que te traigan las riquezas de las naciones» (60,11). La presencia de los migrantes y los refugiados representa un enorme reto, pero también una oportunidad de crecimiento cultural y espiritual para todos. Gracias a ellos tenemos la oportunidad de conocer mejor el mundo y la belleza de su diversidad. Podemos madurar en humanidad y construir juntos un "nosotros" más grande. En la disponibilidad recíproca se generan espacios de confrontación fecunda entre visiones y tradiciones diferentes, que abren la mente a perspectivas nuevas. Descubrimos también la riqueza que encierran religiones y espiritualidades desconocidas para nosotros, y esto nos estimula a profundizar nuestras propias convicciones.

En la Jerusalén de las gentes, el templo del Señor se embellece cada vez más gracias a las ofrendas que llegan de tierras extranjeras: «En ti se congregarán todos los rebaños de Quedar, los carneros de Nebaiot estarán a tu servicio: subirán como ofrenda aceptable sobre mi altar y yo glorificaré mi Casa gloriosa» (60,7). En esta perspectiva, la llegada de migrantes y refugiados católicos ofrece energía nueva a la vida eclesial de las comunidades que los acogen. Ellos son a menudo portadores de dinámicas revitalizantes y animadores de celebraciones vibrantes. Compartir expresiones de fe y devociones diferentes representa una ocasión privilegiada para vivir con mayor plenitud la catolicidad del pueblo de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, y especialmente ustedes, jóvenes, si queremos cooperar con nuestro Padre celestial en la construcción del futuro, hagámoslo junto con nuestros hermanos y hermanas migrantes y refugiados. ¡Construyámoslo hoy! Porque el futuro empieza hoy, y empieza por cada uno de nosotros. No podemos dejar a las próximas generaciones la responsabilidad de decisiones que es necesario tomar ahora, para que el proyecto de Dios sobre el mundo pueda realizarse y venga su Reino de justicia, de fraternidad y de paz.

Oración

Señor, haznos portadores de esperanza,
para que donde haya oscuridad reine tu luz,
y donde haya resignación renazca la confianza en el futuro.
Señor, haznos instrumentos de tu justicia,
para que donde haya exclusión, florezca la fraternidad,
y donde haya codicia, florezca la comunión.
Señor, haznos constructores de tu Reino
junto con los migrantes y los refugiados
y con todos los habitantes de las periferias.

Señor, haz que aprendamos cuán bello es
vivir como hermanos y hermanas. Amén.

Roma, San Juan de Letrán, 9 de mayo de 2022

FRANCISCO

[1] S. Juan Pablo II, Visita a la parroquia romana de San Francisco de Asís y Santa Catalina de Siena, Patronos de Italia (26 noviembre 1989).

Mensaje para la Jornada Mundial de oración por las Vocaciones

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO PARA LA 59 JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Llamados a edificar la familia humana

Queridos hermanos y hermanas:

En este tiempo, mientras los vientos gélidos de la guerra y de la opresión aún siguen soplando, y presenciamos a menudo fenómenos de polarización, como Iglesia hemos comenzado un proceso sinodal. Sentimos la urgencia de caminar juntos cultivando las dimensiones de la escucha, de la participación y del compartir. Junto con todos los hombres y mujeres de buena voluntad queremos contribuir a edificar la familia humana, a curar sus heridas y a proyectarla hacia un futuro mejor. En esta perspectiva, para la 59ª Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, deseo reflexionar con ustedes sobre el amplio significado de la "vocación", en el contexto de una Iglesia sinodal que se pone a la escucha de Dios y del mundo.

Llamados a ser todos protagonistas de la misión

La sinodalidad, el caminar juntos es una vocación fundamental para la Iglesia, y sólo en este horizonte es posible descubrir y valorar las diversas vocaciones, los carismas y los ministerios. Al mismo tiempo, sabemos que la Iglesia existe para evangelizar, saliendo de sí misma y esparciendo la semilla del Evangelio en la historia. Por lo tanto, dicha misión es posible precisamente haciendo que cooperen todos los ámbitos pastorales y, antes aun, involucrando a todos los discípulos del Señor. Efectivamente, «en virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 120). Es necesario cuidarse de la mentalidad que separa a los sacerdotes de los laicos, considerando protagonistas a los primeros y ejecutores a los segundos, y llevar adelante la misión cristiana como único Pueblo de Dios, laicos y pastores juntos. Toda la Iglesia es comunidad evangelizadora.

Llamados a ser custodios unos de otros, y de la creación

La palabra "vocación" no tiene que entenderse en sentido restrictivo, refiriéndola sólo a aquellos que siguen al Señor en el camino de una consagración particular. Todos estamos llamados a participar en la misión de Cristo de reunir a la humanidad dispersa y reconciliarla con Dios. Más en general, toda persona

humana, incluso antes de vivir el encuentro con Cristo y de abrazar la fe cristiana, recibe con el don de la vida una llamada fundamental. Cada uno de nosotros es una criatura querida y amada por Dios, para la que Él ha tenido un pensamiento único y especial; y esa chispa divina, que habita en el corazón de todo hombre y de toda mujer, estamos llamados a desarrollarla en el curso de nuestra vida, contribuyendo al crecimiento de una humanidad animada por el amor y la acogida recíproca. Estamos llamados a ser custodios unos de otros, a construir lazos de concordia e intercambio, a curar las heridas de la creación para que su belleza no sea destruida. En definitiva, a ser una única familia en la maravillosa casa común de la creación, en la armónica variedad de sus elementos. En este sentido amplio, no sólo los individuos, sino también los pueblos, las comunidades y las agrupaciones de distintas clases tienen una "vocación".

Llamados a acoger la mirada de Dios

A esa gran vocación común se añade la llamada más particular que Dios nos dirige a cada uno, alcanzando nuestra existencia con su Amor y orientándola a su meta última, a una plenitud que supera incluso el umbral de la muerte. Así Dios ha querido mirar y mira nuestra vida.
A Miguel Ángel Buonarroti se le atribuyen estas palabras: «Todo bloque de piedra tiene en su interior una estatua y la tarea del escultor es descubrirla». Si la mirada del artista puede ser así, cuánto más lo será la mirada de Dios, que en aquella joven de Nazaret vio a la Madre de Dios; en el pescador Simón, hijo de Jonás, vio a Pedro, la roca sobre la que edificaría su Iglesia; en el publicano Leví reconoció al apóstol y evangelista Mateo; y en Saulo, duro perseguidor de los cristianos, vio a Pablo, el apóstol de los gentiles. Su mirada de amor siempre nos alcanza, nos conmueve, nos libera y nos transforma, haciéndonos personas nuevas.
Esta es la dinámica de toda vocación: somos alcanzados por la mirada de Dios, que nos llama. La vocación, como la santidad, no es una experiencia extraordinaria reservada a unos pocos. Así como existe la "santidad de la puerta de al lado" (cf. Exhort. ap. Gaudete et exsultate, 6-9), también la vocación es para todos, porque Dios nos mira y nos llama a todos.
Dice un proverbio del Lejano Oriente: «Un sabio, mirando un huevo, es capaz de ver un águila; mirando una semilla percibe un gran árbol; mirando a un pecador vislumbra a un santo». Así nos mira Dios, en cada uno de nosotros ve potencialidades, que incluso nosotros mismos desconocemos, y actúa incansablemente durante toda nuestra vida para que podamos ponerlas al servicio del bien común.
De este modo nace la vocación, gracias al arte del divino Escultor que con sus "manos" nos hace salir de nosotros mismos, para que se proyecte en nosotros esa obra maestra que estamos llamados a ser. En particular, la Palabra de Dios, que nos libera del egocentrismo, es capaz de purificarnos, iluminarnos

y recrearnos. Pongámonos entonces a la escucha de la Palabra, para abrirnos a la vocación que Dios nos confía. Y aprendamos a escuchar también a los hermanos y a las hermanas en la fe, porque en sus consejos y en su ejemplo puede esconderse la iniciativa de Dios, que nos indica caminos siempre nuevos para recorrer.

Llamados a responder a la mirada de Dios

La mirada amorosa y creativa de Dios nos ha alcanzado de una manera totalmente única en Jesús. Hablando del joven rico, el evangelista Marcos dice: «Jesús lo miró con amor» (10,21). Esa mirada llena de amor de Jesús se posa sobre cada una y cada uno de nosotros. Hermanos y hermanas, dejémonos interpelar por esa mirada y dejémonos llevar por Él más allá de nosotros mismos. Y aprendamos también a mirarnos unos a otros para que las personas con las que vivimos y que encontramos —cualesquiera que sean— puedan sentirse acogidas y descubrir que hay Alguien que las mira con amor y las invita a desarrollar todas sus potencialidades.
Cuando acogemos esta mirada nuestra vida cambia. Todo se vuelve un diálogo vocacional, entre nosotros y el Señor, pero también entre nosotros y los demás. Un diálogo que, vivido en profundidad, nos hace ser cada vez más aquello que somos: en la vocación al sacerdocio ordenado, ser instrumento de la gracia y de la misericordia de Cristo; en la vocación a la vida consagrada, ser alabanza de Dios y profecía de una humanidad nueva; en la vocación al matrimonio, ser don recíproco, y procreadores y educadores de la vida. En general, toda vocación y ministerio en la Iglesia nos llama a mirar a los demás y al mundo con los ojos de Dios, para servir al bien y difundir el amor, con las obras y con las palabras. A este respecto, quisiera mencionar aquí la experiencia del doctor Gregorio Hernández Cisneros. Mientras trabajaba como médico en Caracas, Venezuela, quiso ser terciario franciscano. Más tarde pensó en ser monje y sacerdote, pero la salud no se lo permitió. Comprendió entonces que su llamada era precisamente su profesión como médico, a la que se entregó, particularmente por los pobres. De manera que se dedicó sin reservas a los enfermos afectados por la epidemia de gripe llamada "española", que en esa época se propagaba por el mundo. Murió atropellado por un automóvil, mientras salía de una farmacia donde había conseguido medicamentos para una de sus pacientes que era anciana. Este testigo ejemplar de lo que significa acoger la llamada del Señor y adherirse a ella en plenitud, fue beatificado hace un año.

Convocados para edificar un mundo fraterno

Como cristianos, no sólo somos llamados, es decir, interpelados personalmente por una vocación, sino también convocados. Somos como las teselas de un mosaico, lindas incluso si se las toma una por una, pero que sólo juntas componen una imagen. Brillamos, cada uno y cada una, como una estrella en

el corazón de Dios y en el firmamento del universo, pero estamos llamados a formar constelaciones que orienten y aclaren el camino de la humanidad, comenzando por el ambiente en el que vivimos. Este es el misterio de la Iglesia que, en la coexistencia armónica de las diferencias, es signo e instrumento de aquello a lo que está llamada toda la humanidad. Por eso la Iglesia debe ser cada vez más sinodal, es decir, capaz de caminar unida en la armonía de las diversidades, en la que todos tienen algo que aportar y pueden participar activamente.

Por tanto, cuando hablamos de "vocación" no se trata sólo de elegir una u otra forma de vida, de dedicar la propia existencia a un ministerio determinado o de sentirnos atraídos por el carisma de una familia religiosa, de un movimiento o de una comunidad eclesial; se trata de realizar el sueño de Dios, el gran proyecto de la fraternidad que Jesús tenía en el corazón cuando suplicó al Padre: «Que todos sean uno» (Jn 17,21). Toda vocación en la Iglesia, y en sentido amplio también en la sociedad, contribuye a un objetivo común: hacer que la armonía de los numerosos y diferentes dones que sólo el Espíritu Santo sabe realizar resuene entre los hombres y mujeres. Sacerdotes, consagradas, consagrados y fieles laicos caminamos y trabajamos juntos para testimoniar que una gran familia unida en el amor no es una utopía, sino el propósito para el que Dios nos ha creado.

Recemos, hermanos y hermanas, para que el Pueblo de Dios, en medio de las dramáticas vicisitudes de la historia, responda cada vez más a esta llamada. Invoquemos la luz del Espíritu Santo para que cada una y cada uno de nosotros pueda encontrar su propio lugar y dar lo mejor de sí mismo en este gran designio divino.

Roma, San Juan de Letrán, 8 de mayo de 2022, IV Domingo de Pascua.

Francisco

Mensaje para la Jornada Mundial los abuelos y de los mayores

MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PARA LA II JORNADA MUNDIAL DE LOS ABUELOS Y DE LOS MAYORES
(24 de julio de 2022)

"En la vejez seguirán dando fruto" (Sal 92,15)

Querida hermana, querido hermano:

El versículo del salmo 92 «en la vejez seguirán dando frutos» (v. 15) es una buena noticia, un verdadero "evangelio", que podemos anunciar al mundo con ocasión de la segunda Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores. Esto va a contracorriente respecto a lo que el mundo piensa de esta edad de la vida; y también con respecto a la actitud resignada de algunos de nosotros, ancianos, que siguen adelante con poca esperanza y sin aguardar ya nada del futuro.

La ancianidad a muchos les da miedo. La consideran una especie de enfermedad con la que es mejor no entrar en contacto. Los ancianos no nos conciernen —piensan— y es mejor que estén lo más lejos posible, quizá juntos entre ellos, en instalaciones donde los cuiden y que nos eviten tener que hacernos cargo de sus preocupaciones. Es la "cultura del descarte", esa mentalidad que, mientras nos hace sentir diferentes de los más débiles y ajenos a sus fragilidades, autoriza a imaginar caminos separados entre "nosotros" y "ellos". Pero, en realidad, una larga vida —así enseña la Escritura— es una bendición, y los ancianos no son parias de los que hay que tomar distancia, sino signos vivientes de la bondad de Dios que concede vida en abundancia. ¡Bendita la casa que cuida a un anciano! ¡Bendita la familia que honra a sus abuelos!

La ancianidad, en efecto, no es una estación fácil de comprender, tampoco para nosotros que ya la estamos viviendo. A pesar de que llega después de un largo camino, ninguno nos ha preparado para afrontarla, y casi parece que nos tomara por sorpresa. Las sociedades más desarrolladas invierten mucho en esta edad de la vida, pero no ayudan a interpretarla; ofrecen planes de asistencia, pero no proyectos de existencia [1]. Por eso es difícil mirar al futuro y vislumbrar un horizonte hacia el cual dirigirse. Por una parte, estamos tentados de exorcizar la vejez escondiendo las arrugas y fingiendo que somos siempre jóvenes, por otra, parece que no nos quedaría más que vivir sin ilusión, resignados a no tener ya "frutos para dar".

El final de la actividad laboral y los hijos ya autónomos hacen disminuir los motivos por los que hemos gastado muchas de nuestras energías. La consciencia de que las fuerzas declinan o la aparición de una enfermedad pueden poner en crisis nuestras certezas. El mundo —con sus tiempos acelerados, ante los

cuales nos cuesta mantener el paso— parece que no nos deja alternativa y nos lleva a interiorizar la idea del descarte. Esto es lo que lleva al orante del salmo a exclamar: «No me rechaces en mi ancianidad; no me abandones cuando me falten las fuerzas» (71,9).

Pero el mismo salmo —que descubre la presencia del Señor en las diferentes estaciones de la existencia— nos invita a seguir esperando. Al llegar la vejez y las canas, Él seguirá dándonos vida y no dejará que seamos derrotados por el mal. Confiando en Él, encontraremos la fuerza para alabarlo cada vez más (cf. vv. 14-20) y descubriremos que envejecer no implica solamente el deterioro natural del cuerpo o el ineludible pasar del tiempo, sino el don de una larga vida. ¡Envejecer no es una condena, es una bendición!

Por ello, debemos vigilar sobre nosotros mismos y aprender a llevar una ancianidad activa también desde el punto de vista espiritual, cultivando nuestra vida interior por medio de la lectura asidua de la Palabra de Dios, la oración cotidiana, la práctica de los sacramentos y la participación en la liturgia. Y, junto a la relación con Dios, las relaciones con los demás, sobre todo con la familia, los hijos, los nietos, a los que podemos ofrecer nuestro afecto lleno de atenciones; pero también con las personas pobres y afligidas, a las que podemos acercarnos con la ayuda concreta y con la oración. Todo esto nos ayudará a no sentirnos meros espectadores en el teatro del mundo, a no limitarnos a "balconear", a mirar desde la ventana. Afinando, en cambio, nuestros sentidos para reconocer la presencia del Señor [2], seremos como "verdes olivos en la casa de Dios" (cf. Sal 52,10), y podremos ser una bendición para quienes viven a nuestro lado.

La ancianidad no es un tiempo inútil en el que nos hacemos a un lado, abandonando los remos en la barca, sino que es una estación para seguir dando frutos. Hay una nueva misión que nos espera y nos invita a dirigir la mirada hacia el futuro. «La sensibilidad especial de nosotros ancianos, de la edad anciana por las atenciones, los pensamientos y los afectos que nos hacen más humanos, debería volver a ser una vocación para muchos. Y será una elección de amor de los ancianos hacia las nuevas generaciones» [3]. Es nuestro aporte a la revolución de la ternura [4], una revolución espiritual y pacífica a la que los invito a ustedes, queridos abuelos y personas mayores, a ser protagonistas.

El mundo vive un tiempo de dura prueba, marcado primero por la tempestad inesperada y furiosa de la pandemia, luego, por una guerra que afecta la paz y el desarrollo a escala mundial. No es casual que la guerra haya vuelto en Europa en el momento en que la generación que la vivió en el siglo pasado está desapareciendo. Y estas grandes crisis pueden volvernos insensibles al hecho de que hay otras "epidemias" y otras formas extendidas de violencia que amenazan a la familia humana y a nuestra casa común.

Frente a todo esto, necesitamos un cambio profundo, una conversión que desmilitarice los corazones, permitiendo que cada uno reconozca en el otro a un hermano. Y nosotros, abuelos y mayores, tenemos una gran responsabilidad: enseñar a las mujeres y a los hombres de nuestro tiempo a ver a los demás con la misma mirada comprensiva y tierna que dirigimos a nuestros nietos. Hemos afinado nuestra humanidad haciéndonos cargo de los demás, y hoy podemos ser maestros de una forma de vivir pacífica y atenta con los más débiles. Nuestra actitud tal vez pueda ser confundida con debilidad o sumisión, pero serán los mansos, no los agresivos ni los prevaricadores, los que heredarán la tierra (cf. Mt 5,5).

Uno de los frutos que estamos llamados a dar es el de proteger el mundo. «Todos hemos pasado por las rodillas de los abuelos, que nos han llevado en brazos» [5]; pero hoy es el tiempo de tener sobre nuestras rodillas —con la ayuda concreta o al menos con la oración—, junto con los nuestros, a todos aquellos nietos atemorizados que aún no hemos conocido y que quizá huyen de la guerra o sufren por su causa. Llevemos en nuestro corazón —como hacía san José, padre tierno y solícito— a los pequeños de Ucrania, de Afganistán, de Sudán del Sur.

Muchos de nosotros hemos madurado una sabia y humilde conciencia, que el mundo tanto necesita. No nos salvamos solos, la felicidad es un pan que se come juntos. Testimoniémoslo a aquellos que se engañan pensando encontrar realización personal y éxito en el enfrentamiento. Todos, también los más débiles, pueden hacerlo. Incluso dejar que nos cuiden —a menudo personas que provienen de otros países— es un modo para decir que vivir juntos no sólo es posible, sino necesario.

Queridas abuelas y queridos abuelos, queridas ancianas y queridos ancianos, en este mundo nuestro estamos llamados a ser artífices de la revolución de la ternura. Hagámoslo, aprendiendo a utilizar cada vez más y mejor el instrumento más valioso que tenemos, y que es el más apropiado para nuestra edad: el de la oración. «Convirtámonos también nosotros un poco en poetas de la oración: cultivemos el gusto de buscar palabras nuestras, volvamos a apropiarnos de las que nos enseña la Palabra de Dios» [6]. Nuestra invocación confiada puede hacer mucho, puede acompañar el grito de dolor del que sufre y puede contribuir a cambiar los corazones. Podemos ser «el "coro" permanente de un gran santuario espiritual, donde la oración de súplica y el canto de alabanza sostienen a la comunidad que trabaja y lucha en el campo de la vida» [7].

Es por eso que la Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores es una ocasión para decir una vez más, con alegría, que la Iglesia quiere festejar con aquellos a los que el Señor —como dice la Biblia— les ha concedido "una edad avanzada". ¡Celebrémosla juntos! Los invito a anunciar esta Jornada en sus

parroquias y comunidades, a ir a visitar a los ancianos que están más solos, en sus casas o en las residencias donde viven. Tratemos que nadie viva este día en soledad. Tener alguien a quien esperar puede cambiar el sentido de los días de quien ya no aguarda nada bueno del futuro; y de un primer encuentro puede nacer una nueva amistad. La visita a los ancianos que están solos es una obra de misericordia de nuestro tiempo.

Pidamos a la Virgen, Madre de la Ternura, que nos haga a todos artífices de la revolución de la ternura, para liberar juntos al mundo de la sombra de la soledad y del demonio de la guerra.

Que mi Bendición, con la seguridad de mi cercanía afectuosa, llegue a todos ustedes y a sus seres queridos. Y ustedes, por favor, no se olviden de rezar por mí.

Roma, San Juan de Letrán, 3 de mayo de 2022, fiesta de los santos apóstoles Felipe y Santiago.

FRANCISCO

[1] Catequesis sobre la vejez, 1: "La gracia del tiempo y la alianza de las edades de la vida" (23 febrero 2022).

[2] Ibíd., 5: "La fidelidad a la visita de Dios para la generación que viene" (30 marzo 2022).

[3] Ibíd., 3: "La ancianidad, recurso para la juventud despreocupada" (16 marzo 2022).

[4] Catequesis sobre san José, 8: "San José padre en la ternura" (19 enero 2022).

[5] Homilía durante la Santa Misa, I Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores (25 julio 2021).

[6] Catequesis sobre la familia, 7: "Los abuelos" (11 marzo 2015).

[7] Ibíd.